

ción de la sociedad que se ha dado cuenta de que con la desaparición de tan eminente prelado pierde la patria una de sus más gallardas figuras morales, uno de sus próceres, un exponente que exhibía Colombia con justificado orgullo.

La República ha conservado a través de sus vicisitudes un sello espiritual, una inclinación incontenible a las faenas del pensamiento, un gran respeto por las ideas, y esta inclinación la deben las últimas generaciones, en gran parte, a la obra meritísima de Monseñor Carrasquilla, de cuyos labios escuchó la juventud colombiana durante largos años la sabia palabra, la enseñanza sólida, la recomendación constante de subordinar los intereses materiales a los grandes intereses del espíritu.

Su inteligencia robusta le captó prestigio mundial, su sabiduría proverbial, su patriotismo sin par en la República, su constante cuidado por la vida de su patria y su inquietud ante los peligros que de cuando en cuando la asechaban. Era un ciudadano en quien se resumían las grandes virtudes humanas.

Cuando escribimos estas líneas aún no se ha extinguido la preciosa vida de Monseñor Carrasquilla, pero todo indica que se trata de algo inevitable que gravita con suprema angustia sobre el corazón de Colombia, sobre el alma de Bogotá, especialmente.

*(Mundo al Día, lunes 17 de marzo).*

### ANTE EL CADAVER DE MONSEÑOR CARRASQUILLA

Nada pudo detener el desenlace de esa lucha desigual que desde el viernes pasado libraban la enfermedad y el agotado organismo de Monseñor Carrasquilla: anoche, a las nueve y cuarenta minutos, se apagó la

vida del sacerdote ilustre. Bogotá, y con Bogotá el país entero, tuvieron tiempo de sorber gota a gota el dolor de esa muerte.

La extinción de Monseñor Carrasquilla constituye un duelo nacional, porque con él desaparece una de las máximas puras y de las más altas conciencias de la patria, una de las inteligencias que siempre se mantuvieron encendidas a su servicio, uno de los corazones que a toda hora palpitaron de amor y de preocupación por la república.

Monseñor Carrasquilla era toda una época. Desde los claustros venerandos del Colegio del Rosario, donde aún parecen alargarse la voluntad y el espíritu de Fray Cristóbal de Torres, así como los ecos de nobles enseñanzas que llenaron la historia de nuestra emancipación y de nuestra república, aquella vida dio todo cuanto puede dar en bondad y en inteligencia una vida humana. No fue la cátedra de metafísica, desempeñada por Monseñor Carrasquilla con el áureo esplendor de un siglo filosófico, su mejor monumento. Cierto es que su palabra y su sabiduría nutrieron a varias generaciones, y le dieron tono y perfil a la enseñanza rosarista, pero más admirable aún que toda esa labor didáctica, realizada y vigorosa como una gran escultura viva, fue la propia existencia del sacerdote y del patricio. Aristócrata por la sangre y por las excelencias de la mente, aquel discípulo de Cristo amó y practicó la democracia, enseñó el desinterés y la práctica de la justicia, le dio a la juventud programas de idealismo y de templanza. Era uno de los grandes ornatos de nuestra Iglesia y una de las más vivas antorchas de la patria.

Bogotá entera desfila frente al cadáver de Monseñor Carrasquilla. En todos los ámbitos de la nación en duelo se alza una congoja que es el homenaje de los vivos a esa espiritualidad que se fuga. Mientras graves figuras de la Iglesia, del Estado y de la ciudadanía preparan el

sabio paregórico que recoja la vibración de su bella y fértil existencia, a nosotros nos toca callar y meditar ante la cámara mortuoria, brillante de luces y de lágrimas.

Ese silencio enmarca una consagración dentro de la cual palpita el severo dolor de Colombia.

(*El Tiempo*, miércoles 19).

## EL RECTOR DEL ROSARIO

BREVE SÍNTESIS BIOGRÁFICA DE MONS. CARRASQUILLA.  
EL SACERDOTE, EL ORADOR SAGRADO, EL HUMANISTA,  
EL AMIGO  
SU FÍSICO Y SU ESPÍRITU

Descendía directamente el doctor Carrasquilla de una familia de patricios, y le hizo honor a su sangre consagrando su existencia entera al culto de la patria.

En 1881 el doctor Carrasquilla emprendió sus estudios eclesásticos en el seminario conciliar de Bogotá, donde se consagró el ya ilustrado e inteligente seminarista a los estudios de filosofía y teología. En 1883 recibió las sagradas órdenes de manos del ilustrísimo señor obispo de Popayán, doctor Carlos Bermúdez. Al año siguiente fue honrado con el cargo de prefecto de estudios del seminario conciliar, y poco después, en 1886, fue elevado a la dignidad de vicerrector del mismo instituto.

Fue en la pequeña iglesia de Egipto, uno de los santuarios más antiguos, tranquilos y risueños de la ciudad de Bogotá, recién erigida en parroquia por ese entonces, en donde el doctor Carrasquilla empezó a ejercer su ministerio como cura de almas (1887-1888).

Allí escribió su célebre monografía «San Agustín, su labor», que fue su primera obra maestra en el campo de las letras sagradas.